

LECCION XXI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Resúmen de lo anterior.—Estudio sobre el hecho del establecimiento del Cristianismo.—Dificultades de la empresa.—Debilidad de los medios.—Grandiosidad del resultado.—Suposición.

La primera necesidad de los tiempos actuales es arraigar la fe en los corazones, y, salvo error de nuestra parte, el mejor medio de lograrlo es presentar en toda su desnudez el hecho del establecimiento del Cristianismo; no hay prueba mas completa, mas indestructible, mas popular. Vamos, pues, á exponerlo resumiendo en las dos lecciones siguientes cuanto hemos explicado sobre los tres primeros siglos; nuestra relacion será enteramente auténtica, y la apoyaremos en el unánime testimonio de los judíos, de los gentiles y de los cristianos, es decir, en la autoridad de testigos oculares y perfectamente irrecusables¹; negar sus dichos sería negar toda certeza histórica. Á fin de mostrar el hecho en toda su grandeza, lo examinaremos bajo tres puntos de vista: 1.º Dificultades de la empresa; 2.º debilidad de los medios; 3.º grandiosidad del resultado.

1.º Dificultades de la empresa. Los autores judíos, gentiles y cristianos nos dicen unánimemente que en la época en que apareció el Cristianismo, el mundo entero, excepto el reducido rincón de tierra habitado por los judíos, era idólatra. El objeto de la empresa era derribar el Judaismo y el Gentilismo, y elevar el Cristianismo sobre sus ruinas; tratábase, pues, de declarar la guerra á todos los pueblos y de atacarles en lo que hay mas fuerte y mas sagrado en el fondo del corazón humano, en el sentimiento religioso. Entre los gentiles este

¹ Véanse los comprobantes, 1.º en *Bullet, Historia del establecimiento del Cristianismo*; 2.º en el P. Decolonia, *La verdad del Cristo probada por los autores gentiles*; 3.º en el P. Mamachi, *Orígenes y antig. crist.* t. II, III y IV; 4.º en todos los santos Padres, especialmente san Justino, Tertuliano, Orígenes, Arnobio, Lactancio, etc.; 5.º en Tácito, *Hist.* lib. XV; Sueton. *in Vespas. et Domit.* etc.; 6.º en todas las demostraciones evangélicas; 7.º en el *Talmud*, etc.; 8.º en Baronio, *Annales eccl.* desde el año 34 á 310.

sentimiento tenia una energía particular, en cuanto se confundia con las pasiones, objeto exclusivo del culto universal, y tanto entre los gentiles como entre los judíos se mezclaba con las preocupaciones mas lisonjeras para el orgullo nacional, pues todos creian que sus instituciones políticas se hallaban inviolablemente unidas al mantenimiento de su religion. Entre los romanos, en particular, iba envuelto con la aspiracion á la dominacion universal; porque, fiada en los oráculos, Roma, señora del mundo, consideraba el Paganismo como la causa de sus triunfos y la garantía de la eterna duracion de su imperio. Vemos, pues, que la empresa era en todas sus partes un tejido de dificultades, si graves las unas, gravísimas las otras.

Primera dificultad: Destruir el Judaismo. Es cierto que los judíos, eran en corto número, pero abrigaban hácia su religion un amor muy vivo, muy fundado y muy interesado. Amor muy vivo: desde muchos siglos se encontraban radicalmente curados de su inclinacion á la idolatría, y antes que renunciar á la ley de Moisés, habian sufrido de parte de los reyes de Siria el saqueo, la devastacion, la esclavitud y toda clase de malos tratos. Muchos de ellos habian derramado su sangre en los campos de batalla, á ejemplo de los hijos de Matatías, en defensa de su fe, al paso que otros la confesaron valerosamente delante de los tiranos, prefiriendo, antes que abjurarla, la muerte entre los mas horribles suplicios; tales fueron el santo anciano Eleazar, la madre de los Macabeos y sus siete hijos.

Amor muy fundado: el Judaismo era la religion verdadera en cuanto tenia al mismo Dios por autor, por intérpretes á los Patriarcas y Profetas, gloria de la nacion, y á los judíos por únicos depositarios. Jerusalem era la habitacion del Señor, su templo el único santuario en que admitia las adoraciones de los hombres y en que dejaba oír sus oráculos. Una larga série de prodigios servia de base á su religion; la fidelidad de los hijos de Israel á aquella ley descendida del cielo habia sido el origen de innumerables bendiciones, les habia granjeado los favores de los mas fieros conquistadores, y hacia aun su fuerza, y en ella consistia su superioridad delante de los demás pueblos.

Amor muy interesado: la falsa interpretacion dada á las profecías por los Fariseos halagaba de tal modo su orgullo nacional, que era la base de todas sus esperanzas, y con fanática tenacidad esperaban los judíos á un Mesías conquistador que les librara del yu-

go de los gentiles, que pusiese en sus manos el cetro del universo, y que hiciese de nuevo amanecer para ellos los hermosos días de Salomon.

Ahora bien, era preciso persuadirles de que su interpretación de las profecías era un error; su esperanza en un Mesías conquistador una quimera; su religión una vana sombra que debía hacer lugar á la realidad; su título, hasta entonces exclusivo, de pueblo querido de Dios, un título que deberían compartir con todos los pueblos; su odio y profundo desprecio hacia los gentiles, dos sentimientos culpables que habrían de reemplazarse con un amor fraternal, tanto que infringiendo todas las prohibiciones de la ley de Moisés, que les prohibía todo comercio religioso con los gentiles, debían bajo pena de eterna condenación confundirse con ellos, y con ellos adorar con igual culto y en los mismos templos á un hombre juzgado, condenado y ejecutado por ellos y los gentiles de común acuerdo, como un insigne malhechor, y reconocerle por único Dios del cielo y de la tierra.

Segunda dificultad: Destruir el Gentilismo. Los gentiles no eran menos adictos á su religión que los judíos, y se concebía fácilmente al considerar que lejos de ser una traba para las pasiones, halagaba el Gentilismo las más lisonjeras inclinaciones del corazón humano. El entendimiento no se veía obligado á humillar su orgullo bajo el yugo de impenetrables misterios; en los dogmas gentilicos era todo enteramente accesible á la degradada razón, á la cual por otra parte ninguna autoridad obligaba á recibir como regla de creencia lo que se le antojaba rechazar. La moral del Gentilismo dejaba al corazón en perfecta libertad de sus afecciones. «Los desórdenes, hacia los cuales se siente el hombre tan fuertemente impulsado, eran no solo permitidos, sino honrados, y se concedían recompensas á los hombres que á ellos se entregaban; hay más, autorizados y consagrados con el ejemplo de los dioses, eran en cierto modo obligatorios. «Los excesos de intemperancia y de lujuria formaban el fondo de los misterios de Baco, de Cibele y de Vénus; entregarse á una prostitución pública era un acto religioso. Los dioses fomentaban también el ardiente deseo de las riquezas, aun cuando se tratase de adquirir las por medios ilícitos; los ladrones invocaban á Mercurio y á la diosa Laverne para el feliz éxito de sus empresas. La idea de una vida futura no derramaba sombra alguna de amargura en los placeres de la vida presente; en el tártaro solo se castigaban

«ciertos crímenes monstruosos, hacia los cuales sienten los hombres «instintivo horror, y que casi todos evitan sin esfuerzo; los demás «desórdenes no impedían la entrada en los Campos Eliseos¹.»

El culto del Gentilismo no ofrecía menos alicientes que su dogma y su moral. «Para honrar á los dioses, reuníanse en soberbios templos, decorados con estatuas que eran otras tantas obras maestras; sacerdotes magníficamente vestidos inmolaban víctimas adornadas con pompa; jóvenes de ambos sexos, cubiertos de largas túnicas blancas y coronados de flores, servían de ministros: todo el pueblo ostentaba lo más rico que tenía. Los emperadores, los cónsules, los magistrados, los senadores, con la pompa de su dignidad, daban nuevo realce al brillo de las ceremonias; el aire estaba impregnado de los dulces perfumes que continúan y profusamente quemaban; las voces más bellas y las más armoniosas instrumentos formaban agradables conciertos; y al sacrificio seguían festines, bailes, juegos, combates de gladiadores, iluminaciones y espectáculos. Estas eran las fiestas de los dioses, diversiones públicas y comunes, á las que Roma consagraba casi la mitad del año².»

Añadid á lo dicho que todo cuanto puede autorizar un culto apoyaba á aquella tan cómoda religión: habíanla mamado con la leche, considerábanla como la más preciosa herencia de sus antepasados; los pueblos creían que su felicidad iba unida á ella; hacíanla el fundamento de sus repúblicas y Estados, y les era tan querida, que combatían en su defensa con más ardor que por su propia vida. Aquella religión era tan antigua, que su origen se perdía en la noche de los tiempos; creíase que había empezado con el mundo y que había tenido á los mismos dioses por autores. Todos los siglos, las naciones todas eran un testimonio de ella; los más célebres oradores la venían de los ultrajes que algunos se atrevían á dirigirle; los generales del ejército, los más orgullosos conquistadores jamás partían para sus expediciones sin invocar solemnemente á los dioses, en cuyos templos deponían luego los trofeos de sus victorias, honrándose los señores del mundo de ser sus servidores. «Los dioses habían manifestado su poder cuando habían sido implorados; los templos estaban llenos de inscripciones hechas por los que experimentarían su

¹ Véase á Bullet, *Historia del establecimiento del Cristianismo*, y las *Tres Romas*, descripción del Coliseo y del gran Circo, t. I y II.

² Id. id.

«auxilio, explicando los prodigios que habian obrado; sus oráculos los probaban que el porvenir carecia para ellos de tinieblas, y hasta habia lugares célebres por la continua série de portentos que en ellos se verificaban diariamente, y templos en que los dioses aparecian bajo formas humanas. Los versos sibilíticos prometian á Roma la conservacion de su imperio mientras observase sus antiguas ceremonias, y por lo tanto aquella ciudad estaba animada de un ardiente celo para sostener la religion que le aseguraba tan grandes destinos. De este modo el cielo y la tierra, los dioses y los hombres parecian contribuir al afianzamiento de la idolatría.¹»

Tercera dificultad: Establecer el Cristianismo. Destruir el Judaismo y el Paganismo no era sino la primera y menos difícil parte de la empresa; elevar sobre sus ruinas el Cristianismo era la segunda. Ahora bien, ¿en qué consistia el Cristianismo? En todo lo que mas repugnancia inspiraba á los judíos y á los gentiles, en todo lo que mas se opondrá á los apetitos del hombre degradado. Para el mayor número el Cristianismo en sí mismo era una religion enteramente nueva; una religion desacreditada de antemano por el ignominioso suplicio de su Autor; una religion despreciable por la pobreza y oscuridad de sus sectarios. Para otros, así entre los judíos como entre los gentiles, el Cristianismo era mas odioso aun; era la terrible aparicion de la verdad, de la verdad acusadora que el hombre teme como un azote, porque condena sus obras tenebrosas, y le persigue con su luz implacable y con sus desapiadados remordimientos. ¿Cuál debió ser el espanto, el temblor y la ira de todos los hombres de corrompido corazón que llenaban el mundo, al reconocer á aquella reina absoluta que venia á reivindicar sus usurpados derechos! Si Sócrates, el mas sabio de los filósofos, fué condenado á beber la cicuta por haberse atrevido á recordar una sola de aquellas reformadoras verdades, ¿cómo serian tratados los que las proclamaron todas con una autoridad que no admite réplica? Así pues, por una coincidencia única, lo mismo la ignorancia del vulgo que la ciencia de los sabios conspiraban con igual fuerza contra el establecimiento del Cristianismo.

Fuerza es decirlo; su cómplice mas temible era el mismo Cristianismo: en su dogma era una religion compuesta de impenetrables

¹ Bullet, id. pág. 62; véase en las *Tres Romas* la historia del oráculo de Prenestos, t. III.

misterios que confundian la razon. Verdadera locura para los gentiles y escándalo para los judíos, predicaba un Dios único, y tres personas en él; un Dios-Hombre; un Dios nacido de una Virgen; un Dios que se come en un pedazo de pan, y que se bebe en algunas gotas de vino; un Dios judío, un judío crucificado, y otros cien dogmas igualmente increíbles, absurdos, ridículos á los ojos de la sabiduría humana, y que sin embargo era preciso admitir sin objetar ni una sola palabra, y con tanta conviccion que se debía estar pronto á morir en su defensa, so pena de ser condenado, al salir de esta vida, á las eternas llamas.

En su moral era una religion espantosa por su severidad y austeridad: por su severidad, pues no solo condenaba las acciones culpables que el Gentilismo convertia en virtudes, sino que proscribia las palabras, las miradas, los menores gestos opuestos á alguna de las virtudes que predicaba, y las predicaba todas. Descendiendo al fondo de las conciencias, iba á buscar la fibra mas oculta y delicada, y la cortaba sin piedad: á sus ojos la idea aun fugitiva del mal era un crimen que castigaba con una eternidad de suplicios; ninguna consideracion ni indulgencia por las inclinaciones mas imperiosas y queridas. Por su austeridad, pues solo hablaba de oraciones, de lágrimas, de mortificaciones, del continuo sacrificio del hombre, de ayunos, de privaciones de toda clase, de confesiones humillantes, y de mil otras prácticas mas embarazosas las unas que las otras. Ordenaba la observancia de leyes desconocidas, contrarias á las mas antiguas costumbres y á las mas legítimas preocupaciones, tales como el perdon de las injurias, el amor á los enemigos, la fraternidad de todos los hombres, y por consiguiente la abolicion de la esclavitud, base social de todo el mundo gentilicio.

En su culto no inspiraba menos repulsion. Era una religion pobre, que en vez de pomposas fiestas, de bailes, de festines, de juegos del Circo, de espectáculos del Anfiteatro, solo ofrecia imágenes lúgubres, recuerdos sangrientos, lecturas graves, oraciones cuyo objeto en nada halagaba los sentidos; una religion enteramente espiritual y de porvenir, que no prometia en la tierra otra recompensa que desprecio, odio universal, la expoliacion, la muerte bajo su mas horroroso aspecto, y despues de la muerte bienes invisibles de que el hombre no puede formarse una idea.

Cuarta dificultad: Extension de la empresa. ¿Á quién se preten-

de imponer tan espantosa religion? ¿Á algunos pueblos aislados, ignorantes y casi salvajes? No.—¿Á algunas ciudades del Oriente ó del Occidente, igualmente extrañas á las luces y á la corrupcion del resto del mundo? No.—¿Á los pueblos bárbaros únicamente, y no á los griegos ni á los romanos, príncipes de la civilizacion? No.— Trátase de predicarla á todos los pueblos sin excepcion; al Oriente y al Occidente, al universo entero; esta empresa no tendrá mas límites que los del mundo. «Los hielos del Norte, los calores del Mediodía, la inmensidad del océano, la aspereza de las montañas, las arenas de los desiertos, serán impotentes barreras para detener su curso. El colosal imperio de los Césares, que se cree él solo el universo, no será mas que una parte de la Iglesia que se quiere establecer; el soberbio romano, el perezoso asiático, el voluptuoso indio, el estúpido moro, el orgulloso germano, el feroz escita, entrarán todos en aquel proyecto. El Evangelio será predicado en las sinagogas de los judíos, en los templos de los ídolos, en las academias de Atenas, en las plazas de Roma, en la corte de los señores del mundo. El pretendido imperio de los climas, la antipatia de las ideas, la rivalidad de la gloria, los celos de la dominacion, la oposicion de intereses, la diferencia de costumbres, la diversidad de trajes, los vicios característico de las naciones no deben impedir á los pueblos todos el reunirse en una misma sociedad, el adoptar igual creencia, el observar las mismas máximas, el ejercitarse en iguales virtudes y el mirarse como hermanos ¹.»

Quinta dificultad: La época. ¿Qué siglo se eligió para predicar tan inconcebible locura, para imponer tan cruel religion? ¿Sin duda alguno de aquellos siglos de barbarie de que hablan los poetas, en que los hombres diseminados por los bosque, sin instruccion, sin luces, sin defensa, estaban dispuestos á creer todos los delirios anunciados por hábiles impostores; en que, sin pasiones lo mismo que sin vicios, se hallaban preparados para recibir el penoso yugo de la moral que se les presentaba? No. Eligióse precisamente el siglo de Augusto, el siglo mas ilustrado y corrompido que jamás haya existido, el siglo de los oradores, de los historiadores, de los poetas, de los filósofos, de los diplomáticos, de los guerreros, de los hombres tan grandes en todos los géneros, que sus obras son aun la regla del gusto y la desesperacion de la ciencia moderna; el siglo de los hombres cuyos

¹ Bullet, id. pág. 65.

escándalos parecen en el dia fabulosos, y á quienes bastaba para enfierecer la sola idea del deber ó de la sujecion. Practicar el robo, la usura, el cohecho, el infame vicio bajo todas las formas y con refinamientos inauditos era su estudio, su vida; hacer devorar por manadas de tigres, de leones y de panteras á miles de hombres, ó hacerles matar entre sí, era un placer tan habitual que no salia ni una vez el sol que no lo iluminase en algun punto del globo; un placer tan agradable que se sacrificaban á él montes de oro, y que prometiéndolo al pueblo podia tenerse la seguridad de llegar, aunque fuese el último de los miserables, á las primeras dignidades del imperio ¹.

Sexta dificultad: Los calumniadores. Apenas hubo aparecido el Cristianismo, cuando miles de voces calumniosas se elevaron contra él, le siguieron, le precedieron, le acompañaron en todos sus pasos, destruyendo sus primeras conquistas y haciendo imposibles las que meditaba. Divididos en todo lo demás, judíos y gentiles se habian reunido para formar el terrible concierto que llenaba el Oriente y el Occidente. Hombres de la nada, renegados, blasfemos, sediciosos, destructores de la verdadera Religion, enemigos de la nacion santa, perturbadores del reposo público, profanadores de la Escritura, que interpretaban de un modo impío y contrario á todas las esperanzas de Israel; fanáticos que llevaban su sacrilega demencia hasta á sustituir al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, un insigne malhechor condenado judicialmente y muerto por sus crímenes á manos del verdugo; tal era, con otras muchas injurias, la definicion que de los cristianos daban los judíos.

«Los discípulos de Cristo, decian á su vez los gentiles, son ateos cuya impiedad provoca la cólera de los dioses inmortales; hechiceros tenebrosos que para realizar mejor sus criminales designios no quieren entre ellos ni sabios, ni hombres virtuosos ó ricos, sino únicamente tontos, niños, mujercuelas, esclavos, malhechores, semejantes á los que han inventado tan abominable supersticion, y cuyo jefe, entregado á Pilatos por su propia nacion, ha sufrido justamente el infame suplicio de la cruz; monstruos con faz humana que en sus nocturnos festines degüellan á un niño, cuya sangre beben, y cuya carne palpitante comen con delicia, despues de lo cual se entregan á la mayor disolucion.» Estas calumnias y otras mil de tal modo prevalecieron, que el nombre de cristiano era

¹ Véase á Ciceron, citado en nuestra *Historia de la familia*, t. I.

el de todos los crímenes, y bastaba llevarlo para ser juzgado, sin el menor exámen, digno de todos los suplicios y del odio del género humano ¹.

Séptima dificultad: Los herejes. Perseguido por el odio universal, el Cristianismo no tenía otro recurso que la estrecha unión de sus miembros, cuando del seno mismo de la nueva Religión surgió un obstáculo, el mas terrible quizás; introdúcese la division entre los cristianos, aparecen los herejes, y á algunos pasos del Cenáculo de donde acababa de salir el Cristianismo elevan altar contra altar; aun en vida de los Apóstoles alteran la doctrina del Maestro, debilitan la autoridad de los pastores en el ánimo de los neófitos, componen historias que atentan contra la autenticidad de los Evangelios, predicán monstruosos errores que dan origen á sectas abominables y mas multiplicadas durante los tres primeros siglos de la Iglesia que en otra época alguna, y aprovechándose de estas divisiones, los judíos y los gentiles exclaman: Los cristianos no merecen crédito alguno, ya que tan mal se avienen entre sí.

Octava dificultad: Los filósofos. En pos de los herejes vienen los filósofos judíos y gentiles, los cuales recogen con oído atento cuantos rumores se propalan respecto de los cristianos, se informan, leen las Escrituras y las apologías, y tratan luego de probar que aquellos rumores son fundados, que los cristianos son realmente ateos y enemigos de los dioses y de los Césares, en una palabra, tan criminales como lo pregona la fama, y que sus libros y doctrinas son un conjunto de utopias, de contradicciones y de impiedades. Sus obras son ricas de citas, de sarcasmos, de razonamientos, de erudición, de elocuencia, y aun de ingenio ²; no olvidan objecion alguna, tanto que á contar desde el siglo iv los enemigos de la Religión no han sabido hallar ni una nueva. La causa está juzgada; el pueblo, acostumbrado siempre á creer en las palabras de los sabios, se afirma en su opinion respecto de los cristianos, y la resume en esta frase sanguinaria: Los cristianos al leon: *Christianos ad leonem* ³.

¹ Tertul. *Apol.* c. 10; Tacito, *Annal.* lib. XV.— Cuando eran conducidos al suplicio, precediales unregonero gritando: « Hé aquí á un enemigo de los emperadores y de los dioses.— Euplius christianus, inimicus deorum et imperatorum. » (*Act. martyr.* P. Ruinart. pag. 440).

² Véanse las obras de Celso, de Porfirio, de Luciano, de Juliano el Apóstata, etc., etc.

³ Tertul. *Apol.* c. 40.

Novena dificultad: Los comediantes. Mientras que los calumniadores condenan al Cristianismo á la execración universal, mientras que los herejes desgarran su propio seno, y los filósofos lo desacreditan entre los hombres ilustrados, los comediantes se apoderan de él y lo entregan á la irrisión del pueblo. Sus mas augustas ceremonias, sus misterios mas sagrados, sus leyes mas respetables, parodiadas en los teatros, quedan heridas de un ridículo que les enajena mas partidarios que el hacha de los verdugos. ¿Cómo era posible adorar el día siguiente lo que el día antes se había acogido con desprecio y risas ¹?

Décima dificultad: Los mismos progresos del Cristianismo. ¿Quién lo creyera? Hasta los progresos del Cristianismo se convierten en obstáculos para su propagacion, y en una perpetua amenaza para su existencia. Entre los que prestan oídos á los nuevos predicadores, unos, dóciles á la gracia, abrazan la verdad, mientras que otros se obstinan en el error; los hijos se hacen cristianos, y los padres permanecen gentiles; los esclavos piden el Bautismo, y se niegan á acceder á los abominables caprichos de sus dueños; los compradores de ídolos no frecuentan ya las tiendas de los mercaderes cuya fortuna hacian; las familias, las ciudades se dividen; desconócense los lazos de la sangre y de la amistad; el hermano denuncia á su hermano, el padre á su hijo, el esposo á su esposa, el señor á su esclavo, el amigo á su amigo. Las querellas y las violencias intestinas resuenan en lo exterior y provocan cada día explosiones de odio y terribles maldiciones contra los nuevos predicadores y sus doctrinas.

Undécima dificultad: Las persecuciones. Así como las olas del mar en un día de tormenta se elevan hasta la altura de las rocas que rodean la orilla, así aquella masa de calumnias, de acusaciones, de agitaciones particulares llega hasta el trono imperial, en que se sientan los Nerones, los Domicianos, los Decios y los Dioclecianos, para los cuales queda fuera de toda duda que el Cristianismo es un elemento de discordia, una secta perjudicial; que los cristianos son otros tantos perturbadores que comprometen la prosperidad del imperio; otros tantos impíos que lo conmueven hasta en sus cimientos provocando la cólera de los dioses, cuyo culto es la garantía de la eterna dominacion de Roma. Si los bárbaros in-

¹ Véase el martirio de san Ginés.

vaden las fronteras, si las legiones imperiales sufren una derrota, si el Tíber inunda los campos, si el cielo niega la lluvia, si un terremoto agita la tierra, si se deja sentir el hambre, si la peste desola las ciudades, los cristianos, y solo los cristianos, son responsables de todo ¹.

Entonces mándanse aquellas famosas persecuciones, aquellos asesinatos en masa que nadie ignora, y que no una sino mil veces debían ahogar la nueva Religión en la sangre de sus discípulos: en un tiempo en que se hacía un juego de la vida de los hombres, en que los suplicios mas atroces eran los mas agradables para los espectadores, no se perdona rango, edad ni sexo; el número de victimas es una gloria; los suplicios ordinarios parecen dulces en extremo para aquellos que son considerados como enemigos de los dioses y del Estado, y se inventan á porfía torturas que hacen estremecer. Los cristianos son azotados, aplicados al tormento, desgarrados con uñas de acero; el hierro les hiere, el fuego les consume; son crucificados; el pueblo se divierte al verlos despedazados por los perros ó devorados por los leones; cúbrenles de planchas encandecentes, siéntanlos sobre sillas ardientes, métenlos en aceite hirviendo, quémalos á fuego lento, tritúranlos bajo muelas, y córtanlos á pedazos. Cubiertos ya sus cuerpos de heridas, las llagas solas son mas y mas desgarradas; llevados los verdugos de su crueldad respetan los cortos momentos que les quedan de vida; entre los suplicios son elegidos los que hacen morir mas lentamente, y con bárbara y fingida compasión les curan y alientan á fin de ponerles en estado de sufrir de nuevo.

Para ellos no existe piedad en el corazón de los hombres, y sus tormentos son celebrados con gritos de alegría; la muerte no es bastante poderosa para ponerles al abrigo de sus perseguidores, quienes, encarnizándose en los tristes restos de sus cuerpos, los reducen á cenizas, los precipitan á los ríos, ó los dejan á merced del viento, para aniquilarlos si posible fuese. Roma se embriaga con su sangre, la ve correr á ríos ², y sin embargo no logra satisfacer

¹ Tertul. *Apol.* c. 38.

² Bullet, id. pág. 81.— So pretexto de su extremado horror, algunos han puesto en duda los suplicios de los Mártires; mas los que tal cosa dicen manifiestan conocer muy poco la antigüedad. Primeramente el mas horrible de todos, ordenado por Nerón, es referido por Tácito, historiador gentil nada sospechoso; además, la mayor parte de los otros se usaban con los esclavos, con

el odio que les profesa: encendida la persecucion en la capital, se comunica como un vasto incendio de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, hasta llegar á los confines del imperio, entonces casi tan extenso como el mundo; y no es una persecucion de algunos dias; los sufrimientos de la Iglesia pueden contarse por siglos; es imposible seguir su historia durante trescientos años, á no ser por las huellas de sangre que deja en su camino, y por el resplandor de las hogueras que encienden contra ella.

Á la persecucion de sangre sucede la de caricias, á fin de seducir á los que no han podido ser vencidos. Riquezas, honores, dignidades, favores del príncipe, todo es empleado para reducir á aquellos hombres insensibles al dolor, contra quienes los tormentos se embotan, y para los cuales carece la muerte de aguijon. Nada se omite, todo se pone en planta para aniquilar el nombre cristiano ¹; y ahora representaos todas las dificultades que acabamos de indicar, dad libre vuelo á vuestra imaginacion, y decid si teneis noticia de alguna obra mas gigantesca, mas imposible que el establecimiento del Cristianismo.

2.º Debilidad de los medios. La revolucion que se pretende llevar á cabo es, sin contradiccion alguna, la mas difícil que pueda concebirse; sin embargo los medios para realizarla pueden ser muy poderosos, pueden ser tan proporcionados al efecto que se trata de conseguir, que insensiblemente puede plantearse una empresa reputada imposible; así pues, el sentido comun exige y espera ver aparecer seres tan extraordinarios como la misión que les está confiada, y como la humanidad no los ofrece que estén al nivel de semejante obra, ¿la naturaleza angélica, á no dudarlo, proporcionará los héroes de tan

los parricidas, con las vestales infieles y con todos los grandes criminales, entre los cuales ocupaban los cristianos, para los gentiles, el primer lugar.

Se ha dicho tambien que el número de Mártires era exagerado; á esto daremos igual contestacion, cuando vemos á César dar muerte á 18,000 hombres en un dia para divertir al pueblo; cuando vemos á los emperadores, á los magistrados, á los simples particulares conducir al anfiteatro á miles de gladiadores, tenemos una prueba evidente de que en el Gentilismo la vida de los hombres era nada, y que por consiguiente son creibles las mas grandes matanzas, en cuanto están conformes con las costumbres de la época. (Véase sobre todo esto á Mamachi, *De las costumbres de los primitivos cristianos*, t. I, prefacio; Bullet, *Historia del establecimiento del Cristianismo*; Baronio, *Anal.* año 34, 313; las *Tres Romas*, t. I, II y IV, etc., etc.

¹ Bullet, id. pág. 82.